LOS MOHICANOS DE PARÍS

POR ALEXANDRE DUMAS.

TOMO I.



INTRODUCCIÓN.

Lay una línea gruesa que separa la literatura popular de la «gran literatura». Una frontera aparentemente insalvable, que definiría la creencia de que una obra de fácil lectura con un argumento que atrapa y un estilo que se funde con la historia no es una literatura que merezca la atención de un lector refinado y culto.

Parece que haya que renunciar a ofrecer una obra amena y relajada, unos personajes con los que sea fácil empatizar, entendibles en sus roles y unas aventuras que se resuelvan con un final más o menos feliz. Y, sin embargo gran parte de la historia de la literatura es precisamente eso, una lectura de evasión plagada de situaciones convencionales que conducen al lector, con avidez de saber qué va a suceder a continuación, de una página a la otra con el corazón en vilo. Es la estructura del folletín, la madre de la novela, se quiera reconocer o no. Alguno de ellos y de sus escritores siguen y perduran, a través de los siglos, en la cima de la literatura como iconos culturales, y sus protagonistas son modelos de acción y de integridad en los que se miran los personajes de las obras que les siguieron.

El folletín nació como un entretenimiento popular, pero mucho antes ya era parte de la esencia de la vida cotidiana y sus códigos, héroes y heroínas, malvados antagonistas, personajes secundarios, situaciones enrevesadas y finales felices pertenecían al acervo de las narraciones orales que los juglares recitaban en su itinerancia por caminos, aldeas y ciudades. Los mismos recursos utilizaron los grandes autores de la antigüedad, y aún hoy llenan los capítulos de las novelas *bestselleras* y de los culebrones televisivos. Al final, nada es nuevo bajo el sol.

No queremos hacer aquí un estudio profundo de estas características. El objetivo es, simplemente, reivindicar un tipo de literatura que nunca ha pasado de moda, que se leía entre el vulgo en reuniones de vecinos que esperaban ansiosos cada entrega de los avatares de sus héroes y villanos. Eran lecturas colectivas, el equivalente a aquellas novelas radiofónicas de hace décadas o a los seriales de las televisiones de hoy en día. Se esperaba que triunfara el amor y que la justicia de lo narrado coincidiera con la justicia divina, aunque fuera retorciendo un poco la humana. En el fondo, un aliciente en sus vidas duras y sin muchas posibilidades de variar nada dentro de sus miserias cotidianas.

En sentido estricto, el folletín es una literatura de evasión que se escribe sobre la marcha. La historia evoluciona al mismo ritmo que se publica y hasta puede seguir la dirección que marcan las reacciones de sus lectores. Tiene unos esquemas definidos: temas escabrosos, líneas sentimentales, personajes planos, sed de justicia, situaciones rocambolescas, movilidad social. Usa recursos dilatorios, personajes ambiguos de orígenes oscuros y desconocidos, cuyo linaje se destapará en el desenlace para regocijo del lector y castigo de los antagonistas. Los argumentos pueden tener lagunas, giros inesperados o incoherencias, el estilo literario es descuidado, pero ¿qué importa si nos sumerge en una fantasía que nos atrapa y nos deja la miel en los labios entrega tras entrega, a la espera de la siguiente? Todas estas características son una exageración de unos elementos clásicos, desde las tragedias griegas a los romances de ciego, pero adquieren aquí una forma literaria sencilla para satisfacer a unas clases que empiezan a acceder a la cultura tras las revoluciones burguesas y representan una sociedad a la que inspira y hace soñar.

Su destinatario es todo el espectro social, desde la burguesía acomodada a los que no podían permitirse comprar un libro, objeto de lujo, pero sí el acceder cada día o semana para seguir la historia a fragmentos de un periódico por apenas unos céntimos. El folletín servía también de gancho para fidelizar a los lectores. Más tarde estas historias, situadas primero en la

parte inferior de las páginas del diario y luego en suplementos independientes, se publicarían en un formato de lujo, en libro para los lectores pudientes.

La mayoría de los folletines tenía una calidad literaria muy escasa, con unos mecanismos de escritura hecha a base de clichés y situaciones preconocidas con personajes planos y destinadas a lectores poco formados. Tenían una profunda carga de crítica social en el contenido y con frecuencia los malvados pertenecían a las clases superiores, y, aunque sus héroes terminaban por pertenecer a ellas, habían sido excluidos con malas artes y acaban por recuperar su estatus o lo conquistan con su lucha siempre justa. Los folletines eran una fuente de ingresos importante: escritas por encargo muchas veces, lo cierto es que algunas de esas obras y sus autores han permanecido como obras ejemplares de la cultura universal.

Los grandes mitos literarios, desde Balzac y Víctor Hugo, pasando por Dostoievski y Galdós, Dickens, Collins, Stevenson y Salgari, escribieron en formato de folletín, bien en entregas en los periódicos, bien como cuadernillos independientes que se publicaban de forma periódica y que se adquirían por pocas monedas. La mayoría de la enorme cantidad de los autores del género fueron olvidados por la historia, otros quedaron en un limbo del que de vez en cuando alguien rescata algún nombre o alguna novela.

Y de entre todos ellos, sin desmerecer al resto, destaca Alexandre Dumas.

ALEXANDRE DUMAS

Dumas es un escritor que trasciende el oficio. Él mismo es digno de convertirse en un personaje de novela: excesivo y brillante, fue también un activista político y ferviente republicano. Más que un escritor, era una factoría de producción de folletines.

Nieto de un marqués díscolo y de una esclava haitiana de origen africano, su padre fue el primer general de origen mulato en Europa, Thomas-Alexandre Dumas Davy de la Pailleterie, el general, fue admirado y querido, aunque cayó al final de su vida en desgracia por no renunciar a sus principios republicanos frente a un Napoleón Bonaparte en ascenso. Murió dejando a nuestro escritor huérfano a los cuatro años y a su viuda con una escasa pensión. Tuvo Dumas, pues, una infancia de privaciones y luchadora. Las relaciones familiares le sirvieron para situarse en el sitio adecuado en la capital y comenzar su carrera literaria, pero sufrió también durante toda su vida el racismo por sus orígenes y la marginación social por su estilo de vida despreocupada y disoluta, por su personalidad exuberante y desordenada, y su enorme pasión por las mujeres.

Se le han rastreado más de cuarenta amantes y varios hijos naturales. Entre sus descendientes hay notables figuras del mundo de la cultura francesa: Alexandre Dumas hijo llegaría a ser uno de los autores más populares de la segunda mitad del siglo XIX. Fue el único hijo reconocido.

No reconocido fue el escritor Henry Baüer, activista político durante la Comuna de París en su juventud y, posteriormente, crítico literario y valedor de Zola y, curiosamente, por la distancia estética con el anterior, también de Alfred Jarry y su *Ubú rey*. Fue un gran apoyo en la introducción en Francia de autores como Ibsen, Strindberg y Tolstoi. Su influencia en el mundo intelectual y la defensa que hizo de las corrientes culturales y artísticas renovadoras fue decisiva para que fueran aceptadas. Hijo de este es Gerald Baüer, escritor notable de la primera mitad del siglo XX. Toda una estirpe de intelectuales influyentes y brillantes.

Dumas concebía su trabajo de una forma algo alejada a lo que ahora entendemos que es el trabajo de un escritor, aunque no fuera algo raro en su época, en la que el concepto de autoría era algo menos riguroso que en la actualidad. Hasta sesenta y cuatro negros literarios se le atribuyen a lo largo de su vida, con un caso sonado y que llegó a los tribunales: el de

Auguste Maquet, que colaboró en *El conde de Montecristo* y en *Los tres mosqueteros*. El juez condenó a Dumas a pagarle, pero la autoría siguió perteneciéndole.

Dumas concebía el argumento y desarrollaba la historia y los personajes, que luego sus colaboradores documentaban y rellenaban con sus prosas. Finalmente, él pulía y le daba su estilo y vida a los diálogos y descripciones. Es difícil saber hasta dónde llegaba el trabajo propio y el de sus negros, aunque la realidad es que varios de ellos intentaron una carrera personal, como el propio Maquet, y fracasaron debido a unos resultados mediocres y poco atractivos. Sus obras carecían del encanto y del ritmo de las del gran Dumas.

Sin terminar de ser aceptado por la intelectualidad, es uno de los autores más leídos y traducidos de la lengua francesa, dotado de una personalidad seductora y arrolladora, y, también, como la de todos los genios, algo egoísta y megalómana. Pero ¿cómo sino es posible escribir esas historias y crear esos personajes que aún hoy nos cautivan, dotados de unos principios y una sed de justicia universales?

Sus héroes, todos ellos cortados con el mismo perfil, se inspiran, sin duda, en los valores transmitidos por la figura de su padre. También muchas tramas cobran vida con el aliento de los conflictos que vivió tanto el *Diablo negro*, como apodaban al general, como por el mismo Dumas en la convulsa Europa que le tocó vivir. Dicen que hay mucho del padre en la personalidad y en las aventuras de *El conde de Montecristo* y en *Los tres mosqueteros*. Cierto o no, lo que sí es real es esa vena de compromiso social y creativa que heredaron también sus literatos descendientes.

En sus argumentos desfilan todas las clases sociales, todos los conflictos históricos de su tiempo. Hace suyos personajes reales que se convertirían en mitos, Los tres mosqueteros tienen un antecedente real en unas memorias del conde d'Artagnan, que le sirvieron de inspiración, y el mismísimo Vidocq, modelo de tantos detectives literarios, tiene un lugar de honor en nuestra novela, es el señor Jackal.

Merece la pena destacar el papel de las mujeres en sus obras. Dumas fue acusado de libertino, era un amante promiscuo y voluble, pero mucho más allá de relaciones personales y su naturaleza infiel, amaba a las mujeres. Fue inconstante y pasional, seductor e infiel, pero sus protagonistas femeninas son algo más que personajes pasivos o decorativos. Critica el tipo de educación que se les ofrece y propone una más rigurosa y sólida, dotarlas de unos conocimientos que trascienden el acostumbrado barniz que se les daba para desenvolverse en el papel tradicional al que estaban destinadas. Lo podremos ir viendo acompañando a nuestras protagonistas.

LOS MOHICANOS DE PARÍS

Los mohicanos de París es la novela más extensa de Dumas. Comenzó a publicarse en 1854 en *Le Mousquetaire* y fue desgranándose hasta 1856. Entre 1857 y 1859 siguió publicándose en el periódico *Monte Cristo*. El colaborador, el «negro», en esta novela fue Paul Bocage, escritor que sí tuvo una trayectoria independiente relativamente exitosa.

Debido a su longitud, en su edición como libro se dividió en varios tomos: Los mohicanos de París y Salvator. La novela tiene todos los rasgos de las novelas de aventura que tanto nos atraen en sus obras más famosas: sed de justicia, venganza trabajada, ajuste de cuentas, espíritu revolucionario, logias secretas, compañerismo en la lucha, pasiones sentimentales contrariadas. Nos encontraremos con nobles desaparecidos, fortunas usurpadas, damiselas en apuros, pero con enorme personalidad, amores clandestinos, ambición desmesurada. Son seis historias con argumentos paralelos y entrelazados que giran en torno al héroe, Salvator.

La novela está ambientada en el reinado de Carlos X, entre 1827 y 1830, con algunas líneas argumentales que se desarrollan en años anteriores. Se localiza en el París de la época y sus alrededores, de los que

hace una pormenorizada descripción, y sus personajes cubren todos los estratos sociales.

Los mohicanos del título son aquellos marginados de la fortuna que luchan por conseguir la libertad, el reconocimiento y la felicidad, en un ambiente hostil dominado por la ambición y el poder corrupto. Son los luchadores por la justicia que tan presentes están en toda obra de folletín que se precie. Se enfrentan a la maquinaria del estado que los constriñe y persigue, representada por el señor Jackal, jefe de la policía que tiene como principal objetivo el detener la revolución que se prepara y en la que juega un papel importante el protagonista principal, una suerte de alter ego del mismísimo Dumas y su propia participación en las revoluciones republicanas, tanto en Francia como en Italia.

Como anécdota, mencionaremos que el señor Jackal nos ha legado para la posteridad eso de *cherchez la femme* como origen del misterio y delito.

Los mohicanos de París ha sido traducida al español en varias ocasiones, no tanto como otras novelas que son ya una referencia universal, pero la primera vez fue en paralelo a la publicación original de la primera parte ya en 1856, por Imprenta de las Novedades y la Ilustración en Madrid. No podemos perder la perspectiva de la gran popularidad del género y su alta demanda. Dumas, además, era una figura muy popular; los escritores eran entonces lo más parecido a lo que hoy significan las estrellas del rock o los actores del cine en su época.

En esta edición de *Los mohicanos de París* hemos decidido utilizar para la primera parte de la obra la traducción de la Imprenta de las Novedades, actualizando la ortografía y unificando en lo posible la onomástica; consideramos que la lectura es ágil y cercana y que nos sumerge mejor en la época al ser coetánea a la escritura, traduciendo únicamente la parte final. Acompañamos el texto de ilustraciones originales de la época.

La trayectoria de *Los mohicanos de París* es menos intensa que las obras más populares del autor, pero aun así, no pueden faltar adaptaciones a la pantalla. Solo he encontrado referencia a una versión cinematográfica de

los años 20, que no he podido concretar, y una popularísima serie en Francia de los años 70, que aún puede encontrarse y que tuvo en la televisión gala notable éxito.

Esperamos que os guste este Dumas semidesconocido para los lectores españoles y que nos acompañéis en el camino.

Febrero de 2020, Zaragoza Julia Duce

I. EN EL CUAL EL AUTOR DESCORRE EL TELÓN DEL TEATRO EN QUE VA A REPRESENTARSE SU DRAMA.

Si el lector quiere emprender conmigo una peregrinación hacia los días de mi juventud y retroceder a la mitad del curso de mi vida, haremos alto al principio del año de gracia de 1827 y diremos a las generaciones que datan de esta época lo que era París, física y moralmente considerado, en los últimos años de la Restauración.

Empezaremos por el aspecto físico de la moderna Babilonia. De Este al Oeste, pasando por el Sur, París en 1827 era poco más o menos lo que es en 1854. El París de la ribera izquierda es naturalmente estacionario y tiende más bien a despoblarse que a poblarse; al contrario de la civilización que camina de Oriente a Occidente, París, esta capital del mundo civilizado, marcha del Sur al Norte: Montrouge invade a Montmartre.

Las únicas obras que se han ejecutado sobre la ribera izquierda de 1827 a 1854 son la plaza y la fuente Courrier, las calles de Guy-Labrosse, de Jussieu, de la escuela Politécnica, del Oeste, de Bonaparte, el embarcadero de Orléans, el de la barrera de Maine y, por último, la iglesia de Santa Clotilde, que se eleva sobre la plaza de Belle Chasse, el palacio del Consejo de Estado en el muelle de Orsay y el del Ministerio de Negocios Extranjeros en el muelle de los Inválidos.

No ha sucedido lo mismo sobre la ribera derecha, es decir, en el espacio comprendido desde el puente de Austerlitz al puente de Jena, entrando en Montmartre. En 1827 París al Este no se extendía en realidad más que hasta la Bastilla, y aún estaba por construir el pasaje Beaumarchais; al

Norte, hasta la calle de la Tour de Auvergne y la de la Tour-de-Dames, y al Oeste, hasta el matadero del Roule y el paseo de las Viudas.

Entonces no existían el cuartel del arrabal de San Antonio, que desde la plaza de la Bastilla va hasta la barrera del Trono; el cuartel Popincourt, que desde San Antonio se dirige hasta la calle de Menilmontant; el cuartel del Temple, que comienza en esta calle y concluye en el arrabal de San Martín; el de Lafayette, que parte de aquí hasta el arrabal Poisoniere; en suma, no existían los barrios de Turgot, de Trudaine, de Breda, de Tívoli, de la plaza de Europa, de Beajou; ni las calles de Milán, de Madrid, de Chaptal, de Boursault, de Laval, de Londres, de Constantinopla, de Ámsterdam, de Berlín, etc... La varita mágica de esta hada que se llama industria, ha hecho salir de la tierra todos estos cuarteles, plazas, paseos y calles para servir de cortejo a estos príncipes del comercio que conocemos con los nombres de caminos de hierro de Lyon, de Estrasburgo, de Bruselas y del Havre.

Dentro de cincuenta años París habrá llenado todo el espacio que hoy queda vacío entre sus arrabales y sus fortificaciones: entonces nuevos arrabales se extenderán por todas las aberturas de su vasto circuito de murallas.

Ya hemos visto lo que era el París físico en 1827, veamos lo que era el París moral.

Dos años hacía que reinaba Carlos X; cinco que el Sr. Villele era presidente del consejo, y tres que el Sr. Delavau había sucedido al Sr. Angles, tan gravemente comprometido en la cuestión Maubreuil.

El rey Carlos era bueno, de corazón débil y generoso, y dejaba crecer a su alrededor los dos partidos que, creyendo sostenerle, debían destronarle; el *partido-ultra* y el partido teocrático.

El Sr. de Villele era más bien un hombre de bolsa que un hombre político; sabía jugar lindamente con los fondos públicos, pero he aquí todo. Por lo demás, honrado hasta lo sumo, debía de retirarse del Ministerio al cabo de los cinco años tan pobre como había entrado en él, después de haber manejado millones.

El Sr. Delavau no tenía valor individual y estaba completamente adherido, no al rey, sino al doble partido que obraba en su nombre.

La corte era triste y solo alteraban su monotonía la juventud, la necesidad de distracciones y los instintos de artista que había en el carácter de la duquesa de Berry.

La aristocracia se hallaba dividida e inquieta; parte de ella se apegaba a las tradiciones semiliberales de Luis XVIII y pretendía que la tranquilidad del porvenir reposaba en una sabia distribución del poder entre los tres grandes cuerpos del Estado: el rey, la Cámara de los Pares y la de los Comunes; la otra parte retrogradaba violentamente, queriendo enlazar a 1827 con 1788, negando la revolución, negando a Bonaparte y a Napoleón, y creyendo no necesitar de otro sostén que de aquel en que se habían apoyado Luis IX y Luis XIV, es decir, el derecho divino.

La clase media era lo que es en todos tiempos: amiga del orden, protectora de la paz, deseaba un cambio y temblaba de que se llevase e efecto. En una palabra, seguía el convoy del general Foy, tomaba partido por Gregoire y por Manuel, se suscribía a las ediciones de Fouquet y compraba por millares las cajas de tabaco, en cuya tapa estaba impresa la Carta.

El pueblo era francamente de la oposición, sin saber de cierto si pertenecía al partido bonapartista o republicano: toda nueva conspiración era saludada por sus aclamaciones; para él, Didier, Berton, Carré eran mártires; dioses los cuatro sargentos de La Rochela.

Ahora que por tres grados sucesivos hemos descendido del rey a la aristocracia, de la aristocracia a la clase media y de esta al pueblo, descendamos un grado más y entremos en estos limbos de la sociedad, iluminados solamente por los pálidos reverberos de la calle de Jerusalén.

Suponed que nos hallamos allí en la noche del martes de Carnaval de 1827.

Los figones en boga son: en la Courtille, Desnoyers, el salón de Flora; en la barrera del Maine, Tonnelier.

Los bailes frecuentados son: La Channiere, dos razas a punto de desaparecer; hoy día danzan allí sobre el volcán que debe absorberlas: los estudiantes, las grisetas, las loretas y los Arturos que las han reemplazado no son aún bien conocidos. El Prado, situado enfrente del palacio de Justicia, y El Coliseo, el teatro de la puerta de San Martín y Franconi poseen únicamente con la ópera el privilegio de los bailes de máscaras.

Además de estos lugares que acabamos de nombrar, se ven también los inmundos figones llamados tascas.

Hay siete en París.

El del Gato Negro, calle de la Vieille-Draperie.

El del Conejo Blanco, enfrente del Gimnasio.

El de los Siete Billares, calle de Bondy.

El de Inglaterra, calle de Saint-Honoré.

El de Pablo Niquet, calle de los Hierros.

El de Barratte, en la misma calle.

Por último, el de Bordier, al extremo de la calle de Aubryle-Boucher.

En el del Gato Negro y El Conejo Blanco se reúnen particularmente ladrones que son especialistas en su género.

Tranquilícense nuestros lectores, que no vamos a escribir un libro con esa jerga incomprensible sin el auxilio del infame diccionario de Bicetre y la Conserjería.

No emplearemos, no, esos términos inmundos que nos repugnan tanto como a nuestros lectores.

Digamos, pues, rápidamente, que allí se albergan los ladrones que emplean las ganzúas, los que roban pañuelos y bolsas, los que asaltan de noche una casa por la ventana con el auxilio de una escala y otros.

Las otras cinco tascas son sencillamente receptáculos de ladrones de todas categorías.

Para vigilar sobre esta población de forzados cumplidos, de rateros, de

mujeres, de bandidos de todas clases, no hay más que quince inspectores y un oficial de paz por distrito; los sargentos de villa no se han creado aun, ni lo serán hasta 1828 por el Sr. de Belleyme.

Estos inspectores hacen su servicio de incógnito.

Todo individuo detenido por ellos es conducido desde luego a la sala San Martín; es decir, al depósito; allí, mediante seis sous por la primera noche y diez por las siguientes, se tiene derecho a una habitación aparte.

Desde allí son enviados los hombres a las cárceles de la Fuerza o Bicetre; las mujeres a las Madelonnettes, cerca del Temple, o a San Lázaro.

Las ejecuciones tienen lugar en la plaza de Greve.

El Sr. de París¹ habita en la calle de Marais, número 43.

La primera pregunta que se hará el lector a sí mismo, y que nos haría si no nos anticipásemos a ella, es esta. Puesto que la policía sabe dónde están los ladrones, ¿por qué no los prende?

La policía no puede prender más que en flagrante delito; la ley en este punto es terminante y los ladrones de todas clases lo saben muy bien.

Si la policía pudiera prender en todo caso, como los conoce a casi todos, no habría más ladrones en las tabernas de París, o habría al menos tan pocos que no valdría la pena quejarse por ello.

En el día no existen ya estas tascas; las más han desaparecido en las demoliciones necesarias al ornato de París; las otras se han cerrado, se han extinguido, han muerto.

Bordier solo ha sobrevivido; pero la tasca de 1825 se ha convertido en una elegante tienda donde se venden frutas secas, confituras y licores finos, y que no tiene ya nada del inmundo figón a que nos vemos obligados a conducir a nuestros lectores.

¹ Este era el título del verdugo.

II. LOS TRES AMIGOS

Y a hemos advertido a nuestros lectores que la primera página de nuestro libro llevaba la fecha del martes de Carnaval del año de gracia de 1827.

Solo que este día de suprema locura tocaba a su última hora; iban a dar las doce.

Tres jóvenes cogidos del brazo bajaban por la calle de San Dionisio; dos de ellos tarareaban los principales motivos de la música que acababan de oír en El Coliseo, donde habían pasado las primeras horas de la noche; el tercero se contentaba con morder jugando el puño de oro de un bastoncillo.

Los dos diletantes llevaban la librea del día y el disfraz de la época.

El tercero, el que no cantaba, que se hallaba en medio de los otros dos, que parecía el mayor, o al menos el más formal, estaba embozado en una de esas grandes capas de cuello de terciopelo como se llevaban en aquel tiempo y que hoy día no se ven más que en las portadas de las obras de Chateaubriand y de Byron.

Aquel salía de una *soirée* de artistas que había tenido lugar en la calle de San Apolinar.

Iba vestido con un pantalón negro que dibujaba una pierna nerviosa de finos contornos; su pie elegante calzaba media de seda y zapato a la moda; su frac negro, abotonado militarmente, dejaba ver apenas las extremidades de un chaleco de piqué blanco; su cuello se movía cómodamente en una corbata de raso negro, y cubría su cabeza de rizados cabellos uno de esos sombreros de resortes llamados *claques*.

Si los raros transeúntes que caminaban a esta hora por la calle de San Dionisio hubieran podido levantar la capa en la cual se envolvía el individuo cuyo traje describimos, se hubieran asegurado de que este pantalón ajustado, de que este frac de corte gracioso, de que este chaleco de piqué inglés con botones de oro cincelado, habían salido indudablemente del almacén de uno de los sastres de renombre del pasaje de Gand y habían sido confeccionados para uno de esos jóvenes a la moda a quien llamaban en esta época *dandies* y que en el día se designan con el nombre ya un poco gastado de *leones*.

Y, sin embargo, el que llevaba este traje parecía que no tenía la pretensión de pasar por elegante; bastaba, en efecto, mirarle un instante para adquirir la certeza de que no era un hombre a la moda; había en todo su aspecto algo que revelaba demasiada independencia de movimientos para que pudieran aplicarse a uno de esos maniquíes esclavos de los pliegues de su corbata. Así es que sus manos se habían apresurado a desembarazarse de sus guantes a la salida de la reunión, lo que permitía ver en el dedo índice de la derecha una de las sortijas que generalmente servían de sello, ya llevasen una divisa personal o armas de familia.

Los otros dos jóvenes hacían un singular contraste con esta especie de aparición bironiana. Vestidos con chaquetillas de felpa blanca de cuello de color cereza, de pantalones con rayas blancas y azules, ceñidos los cuerpos con ricas cachemiras, calzados con medias de seda y zapatos de hebillas de diamantes, cubiertos de pies a cabeza con cintas de todos los colores, los sombreros adornados de guirnaldas de camelias blancas y encarnadas, de las cuales las de menos precio en este tiempo valía un escudo en casa de la Sra. Bayon o de la Sra. Prevolt, las dos floristas de más reputación; las mejillas iluminadas con la púrpura de la juventud, el fuego en la mirada, la risa en los labios, la alegría en el corazón, la imprevisión escrita en caracteres de oro en toda su persona; estos dos jóvenes eran la doble encarnación de la alegría francesa, la imagen de este bullicioso pasado por el cual un amigo vestido de negro, sombrío como el porvenir, parecía llevar riguroso luto.

Ahora bien: ¿cómo se hallaban reunidos estos tres hombres, de trajes, y

a lo que parece de caracteres tan distintos, y por qué vagaban a semejante hora por una de esas cincuenta calles fangosas que cruzan París desde el bulevar de San Dionisio al muelle de Gevres?

Es muy sencillo; los dos jóvenes disfrazados no habían encontrado carruaje a la puerta de El Coliseo; el joven de la capa buscaba en vano uno en la calle de San Apolinar.

Los dos primeros, algo más animados por las libaciones de ponche, habían resuelto ir a comer ostras al mercado.

El joven de la capa, mantenido en la plenitud de su razón por algunos vasos de horchata y de almíbar de grosella, se retiraba a su casa situada en la calle de la Universidad.

Los tres se habían encontrado por casualidad en el ángulo de la calle de San Apolinar y de San Dionisio; los dos disfrazados habían reconocido a un amigo en el joven de la capa.

Entonces se pusieron a gritar a un tiempo:

- —¡Calla, Juan Robert!
- -Ludovico, Petrus -había respondido el joven enlutado.

En 1827 no se decía Pedro, sino Petrus; ni Luis, sino Ludovico.

Los tres se estrecharon las manos con efusión, preguntándose que hacían a esta hora inusitada en aquel sitio.

Dadas de una y otra parte las explicaciones oportunas, Petrus, que era pintor, y Ludovico, que era médico, insistieron tanto que obtuvieron de Juan Robert, que era poeta, que viniese a cenar con ellos a casa de Bordier.

Tal era el proyecto de los tres jóvenes, y hubiera podido creerse en la rapidez de su marcha que era una determinación irrevocable, cuando de repente se detuvo Juan Robert.

- -Conque, preguntó, es cosa decidida, ¿no es verdad? Vamos a cenar, ¿dónde decís?
 - —A casa de Bordier,
 - —¡Sea! En casa de Bordier.

- —Ciertamente que es cosa decidida —dijeron a una voz Petrus y Ludovico, ¿y por qué no había de serlo?
- —Porque siempre se está a tiempo de retroceder, cuando se va a hacer una tontería,
 - −¿Y en qué está la tontería?
- —En que en vez de ir a cenar tranquilamente en casa de Very, de Felipe o de los hermanos Provenzales, queréis pasar la noche en algún innoble bodegón donde beberemos infusión de palo de Campeche por vino de Burdeos y donde nos darán gato por liebre.
- —¿Qué diablos tienes esta noche contra los gatos y el palo de Campeche, oh, poeta? —preguntó Ludovico.
- —Chico —dijo Petrus—, Juan Robert acaba de obtener un triunfo en el teatro Francés: ha ganado quinientos francos en dos días, tiene sus bolsillos llenos de oro y se ha vuelto aristócrata.
 - -¿No me diréis que vais allá por economizar?
 - -No -dijo Ludovico--; es para conocer un poco de todo.
 - -¡Bah! No comprendo esta necesidad -exclamó Juan Robert.
- —Yo declaro —replicó Ludovico—, que no me he puesto este absurdo traje sino con el propósito de ir a cenar al mercado; estoy a cien pasos de él: o ceno aquí, o no ceno.
- —¡Ah! —dijo Petrus—. Tú hablas como hombre experimentado; el hospital y el anfiteatro te han preparado a todos los espectáculos por repugnantes que sean: filósofo y materialista, tú estás armado contra todas las sorpresas. Yo, que en mi realidad de pintor no he tenido siempre vino de Campeche que beber y gato que comer; yo, que estoy familiarizado con los modelos de los dos sexos, cadáveres ricos que tienen sobre los muertos la inferioridad del alma, acepto con el mayor placer. Pero añadió mostrando a su compañero—, ¿qué papel puede representar en semejante sitio este joven impresionable, este poeta sensitivo, este heredero de Byron, este continuador de Goethe? ¿Tiene acaso la menor idea del modo con que ha de conducirse entre la gente que vamos a presentarle?

¿Podrán escuchar sus castos oídos las animadas palabras que cambian entre si los caballeros de noche que habitan estos lugares, cuando están acostumbrados solo al *Joven enfermo* de Millevoye y a la *Joven cautiva* de Andrés Chenier? No. En tal caso, ¿qué viene a hacer entre nosotros? Nosotros lo desconocemos. ¿Quién es este extranjero que viene a mezclarse en nuestros placeres? *Vade retro*², Juan Robert.

—Mi querido Petrus —respondió el joven que acababa de ser objeto de esta diatriba—, mi querido Petrus, estás medio embriagado, pero eres un completo gascón. Haces alarde de defectos que no tienes para ocultar las cualidades que posees. ¡Te finges el calavera porque tienes miedo de parecer sencillo, porque te avergüenzas de parecer bueno! Tú no has puesto nunca el pie en una taberna de mercado, lo mismo que Ludovico, lo mismo que yo, lo mismo que los jóvenes que se respetan o los obreros que trabajan.

- -¡Amén! -dijo Petrus bostezando.
- —Bosteza y búrlate cuanto quieras; vanaglóriate de tus vicios imaginarios para ofuscar a la multitud, porque has oído decir que todos los grandes hombres tenían vicios, que Andrés del Sarto era ladrón y Rembrandt crapuloso; pero delante de nosotros, que sabemos que eres bueno; pero delante de mí, que te amo como un hermano más joven que yo, continúa siendo lo que eres, Petrus, franco y sencillo, impresionable y entusiasta. ¡Eh! Si fuera permitido seguir tan mal rumbo, y en mi opinión nunca está permitido, sería cuando se ha sido proscrito como el Dante, desconocido como Maquiavelo o engañado como Byron.

»¿Has sido engañado, desconocido o proscrito? ¿Miras tú la vida del lado del horizonte triste y árido? ¿Se han fundido en tus manos los millones, dejando por única huella la ingratitud o la cicatriz de la desilusión? ¡No! Tú eres joven, tú vendes tus cuadros, tu querida te ama, el Gobierno te ha encargado una *Muerte de Sócrates*; hemos convenido en que Ludovico servirá de modelo para Fedón y que yo haré de Alcibiades:

^{2 «}Vade retro me, Satana»: aléjate de mí, Satanás, Marcos, 8, 33.

¿qué más quieres? ¿Cenar en una tasca? Cenemos en buena hora. Esto al menos tendrá un resultado; disgustarte de tal modo de este sitio, que en tu vida quieras volver a él.

- −¿Has concluido? –dijo Petrus.
- —Sí.
- -Entonces pongámonos en marcha.

Petrus echó a andar entonando una canción, mitad báquica, mitad obscena, como si hubiera querido probarse a sí mismo que la lección grave y afectuosa que acababa de recibir de Juan Robert no había hecho ninguna impresión sobre él.

Al cantar la última copla llegaban al mercado: las doce y media daban en el reloj de San Eustaquio.

- —Ah! Veamos —dijo Ludovico que, como se ha visto, había tomado poca parte en la conversación y que, espíritu pensador, se dejaba llevar fácilmente donde querían conducirle—: es cierto que por doquiera que va el hombre, ya se le lleve frente al hombre o frente a la naturaleza, encontrará materia para observar y meditar; por tanto, se trata ahora de hacer una elección. ¿Entramos en casa de Pablo Niquet, en casa de Barratte o en casa de Bordier?
 - -Me han recomendado a Bordier -dijo Petrus.
 - -Entremos, pues, en casa de Bordier -continuó Juan Robert.
 - —A menos que no prefieras algún otro templo casto, ¡hijo de las musas!
- —¡Oh! Bien sabes que nunca he venido a estos barrios: así poco importa; cenaremos mal en cualquier parte; no tengo dónde escoger.
 - -Ya hemos llegado. ¿Te parece bien el aspecto que presenta?
 - —Sí.
 - -En tal caso, penetremos.

Y torciendo su sombrero hacia una oreja, Petrus se lanzó a la tasca con la misma confianza y resolución que un antiguo parroquiano del establecimiento.

Sus dos amigos le siguieron.

III. LA TASCA.

El piso bajo se componía de una sala ahumada, nauseabunda, donde bullían amontonados en increíble confusión todo un mundo de hombres y de mujeres vestidos de las maneras más diversas. Algunas de las mujeres, y es preciso decir que eran las más coquetas y las más lindas, algunas de las mujeres disfrazadas de verduleras, escotadas hasta la cintura, con las mangas arremangadas hasta el sobaco, pintorreadas de bermellón, manchadas de lunares, algunas de estas mujeres denunciaban su doble disfraz por una voz más varonil, por un juramento más acentuado que el que convenía a su vestido de seda y a su gorra de encajes; disfraz de traje y disfraz de sexo; mas por un extraño abuso de los caprichos de Carnaval, sin duda, no eran estas las menos festejadas por la multitud de hombres que componían las dos terceras partes de la noble asamblea.

Toda esta multitud, sentada, de pie, acostada, reía, hablaba, cantaba en los tonos más incoherentes y con tal confusión, que la masa escapaba a toda descripción, y solo algunos detalles se destacaban del informe conjunto viniendo a sorprender al observador.

Era un caos impenetrable, donde todo se confundía, se perdía y se mezclaba: los brazos musculosos de los hombres parecían pertenecer a las mujeres, las delgadas piernas de las mujeres parecían pertenecer a los hombres, una cabeza barbuda parecía salir de una delicada garganta, un pecho velludo tenía el aire de soportar la cabeza melancólica de una judía de quince años. Hubiera sido imposible aun a Petrus, después de haber reconstruido los troncos y disuelto a cada uno su cabeza, hubiera sido imposible distinguir de quién eran los pies, los brazos, las manos; de tal

modo estaban entrelazados y confundidos estos miembros los unos con los otros.

Los grupos que se distinguían aparte eran: un payaso que fingía dormir arrimado a la pared; un polichinela que trataba de dar una vuelta por la sala llevando un muchacho sobre cada una de sus falsas jorobas; un turco que iba saltando a la pata coja para probar que no estaba borracho; un chico disfrazado de mono y que saltaba de silla en silla, de grupo en grupo, haciendo exhalar a dos sacerdotes de la diosa Locura y del dios Carnaval las exclamaciones más extrañas y las voces más chillonas.

Un hurra formidable acogió a los tres amigos a su entrada en la sala.

El payaso despertó de su letargo y levantó su cabeza.

El polichinela se detuvo en su movimiento de rotación, como un astro que tropezara con un cometa.

El turco trató de levantar las dos piernas a la vez, lo que produjo su caída inmediata sobre una mesa que se rompió al violento choque.

Por último, el mono se puso de un salto sobre los hombros de Petrus y empezó a deshojar en medio de las risas de la reunión las aristocráticas camelias de su sombrero.

- —Créeme —dijo Juan Robert a Petrus—, salgamos de aquí; esto me hace mal.
- —¡Salir antes de haber entrado! —respondió Petrus—; ¿En qué piensas? Creerán que teníamos miedo y nos cazarían por las calles de París, lo mismo que S. M. Carlos X caza jabalíes en el bosque de Compiegne.
 - -¿Cuál es tu opinión? -preguntó Juan Robert a Ludovico.
- —Mi opinión —contestó este—, es que, ya que estamos aquí, nos quedemos hasta que se concluya la fiesta.
 - -¡Como queráis!
- —¡Atención! —exclamó Petrus—, nos están observando. Tú que eres autor dramático, no ignoras que todo depende de los primeros pasos.

Y dirigiéndose hacia la especie de cráter que se abriera a los pies del

infortunado turco, cuyo cuerpo se había hundido en él, y de donde no salían más que la punta de sus botas y los flecos de su turbante:

- —Señor musulmán —dijo, siempre con el mono encima—, ¿no conocéis la frase de vuestro patrón Mohamed-ben-Abdallah, sobrino del grande Abau Thaleb, príncipe de la Meca?
 - —No —respondió una voz desde las profundidades de la mesa rota.
 - -Puesto que la montaña no viene a mí, yo voy hacia la montaña.

Al decir esto, cogió de improviso al mono por el cuello, le quitó de sus hombros con la misma facilidad que se hubiera quitado el sombrero y, saludando al turco con el pilluelo que pugnaba por desasirse de su brazo extendido, le dijo:

-Yo os rindo mis respetuosos homenajes, buen musulmán.

Y volvió a colocar en su espalda al muchacho, que se apresuró a deslizarse por el cuerpo con la mayor agilidad, desapareciendo en un rincón donde no penetraba la luz de los tres quinqués que iluminaban el figón.

Esta prueba de cortesía y de fuerza combinadas valió a Petrus universales aplausos.

El turco contestó maquinalmente al saludo; después se agarró como un ahogado a la mano que le tendía Petrus, el cual, de una sacudida le dejó de pie.

- -Hay demasiada gente aquí; subamos al primer piso.
- —Como quieras —respondió Ludovico—, aunque este espectáculo no carece de interés.

Un mozo que les seguía desde su entrada en la tasca, para asegurare sin duda de que eran consumidores, se mezcló en la conversación.

- -¿Estos señores desean subir al primer piso?
- —Sí —dijo Petrus.
- —Por aquí —continuó el mozo mostrándoles una especie de escalera de caracol.

Los tres amigos emprendieron la ascensión en medio de los silbidos y de las risas de las máscaras, que reían y silbaban sin saber porqué.

En el primer piso la sala estaba llena como en el bajo; era el mismo hacinamiento de gentes en una misma pieza, ahumada, de paredes grasientas y aspecto tenebroso y repugnante.

Vista desde la puerta esta masa informe, iluminada débilmente por la rojiza luz de tres o cuatro quinqués, era la imagen viva, la materialización tangible de las ideas confusas y disparatadas que se chocan entre sí en el cerebro de un hombre embriagado.

- —¡Oh! —dijo Juan, que al llegar el primero empujó la puerta—. Parece que el infierno de Bordier es al revés del infierno de Dante; cuanto más se sube, se baja más.
 - -Vamos, ¿qué te parece? -le preguntó Petrus.
 - -Esto es horrible; pero me va pareciendo curioso.
 - -Entonces sigamos subiendo -replicó Petrus.
 - -¡Subamos! -continuó Ludovico.

Y los tres jóvenes emprendieron de nuevo su ascensión por la estrecha escalera.

En el segundo piso, la misma afluencia, el mismo espectáculo, la casi idéntica decoración, con la diferencia de que el techo era más bajo, la atmósfera más espesa y el aire respirable cargado, por consecuencia, de más vapores malsanos.

- -¿Qué dices de esto, Juan Robert? -preguntó Petrus.
- -Continuemos subiendo -dijo el poeta.

En el tercer piso era aún más repugnante la escena.

Allí había sobre las mesas y bajo las mesas, sobre los bancos y bajo los bancos, unas cincuenta criaturas humanas, si es que el hombre rebajado del nivel de los brutos merece conservar este nombre.

Estas cincuenta criaturas, hombres, mujeres, niños, estaban dormidas al lado de botellas y platos rotos, manchados por las salsas y enrojecidos por los vinos.

Un solo quinqué alumbraba tenebrosamente la sala.

Se hubiera creído la lámpara de un sepulcro si los ronquidos que exhalaban algunos pechos no hubiesen revelado la existencia material de esos miserables beodos, muertos intelectualmente.

Juan Robert sentía oprimírsele el corazón; pero sabía dominarse y no se habría doblegado su voluntad aunque hubiera estallado su corazón.

Petrus y Ludovico se miraban, dispuestos, el uno a pesar de su entusiasmo y el otro a pesar de su indiferencia, a volverse atrás.

Pero Juan Robert, viendo que quedaba un cuarto piso, dijo:

-Vamos, señores, vosotros lo habéis querido; ¡arriba, arriba!

Allí la decoración era la misma, pero la escena cambiaba.

Cinco hombres solamente estaban sentados alrededor de una mesa, sobre la cual se veían restos de comida en medio de ocho o diez botellas.

Estos hombres no estaban disfrazados, y llevaban blusas y chaquetas.

Los tres amigos entraron; el mozo que los había seguido de piso en piso entró detrás de ellos.

Los jóvenes se detuvieron a la puerta, echaron una ojeada por la sala y Juan Robert hizo un movimiento que quería decir: «Esto nos conviene».

La pantomima era tan expresiva que Petrus contestó:

- -¡Aquí estaremos como príncipes!
- -En efecto -dijo Ludovico-, no nos faltará más que aire que respirar.
- -¡Bueno! -exclamó Petrus-, abriremos la ventana.
- -¿Dónde quieren los señores que les ponga la mesa? -preguntó el mozo.
- —Allí —dijo Juan indicando con el dedo el lado de la sala opuesto a aquel en que se hallaban los cinco individuos.

La sala era tan baja de techo que era preciso quitarse el sombrero al entrar; y, aun quitándose el sombrero, Juan Robert, que era el más alto de los tres, tocaba el cielo raso con la cabeza.

-¿Qué desean estos señores? -preguntó el mozo.

- —Seis docenas de ostras, seis raciones de carnero y una tortilla contestó Petrus.
 - —¿Cuántas botellas?
 - -Tres, con agua de Seltz, si es que hay.

Al oír esto, uno de los cinco individuos se volvió hacia los recién venidos.

- -;Oh! ;Oh! -dijo- ;Agua de Seltz! Son lechuguinos a lo que parece.
- -O hijos de familia -exclamó un segundo.

Juan Robert había dejado ya su capa en una silla y su bastoncillo en el ángulo de la ventana.

El mozo, por su parte, se disponía a encargar la cena pedida cuando el hombre que había hablado primero, tratando a los jóvenes de lechuguinos, detuvo a aquel por el brazo diciéndole:

- —¿No he pedido cartas?
- —Sí, señor.
- -Entonces, ¿por qué no las has traído?
- —Porque ya sabéis que no se dan a estas horas.
- —¿La razón?
- —Que os la diga el Sr. Delavau.
- –¿Quién es el Sr. Delavau?
- -El prefecto de policía.
- -¿Y qué tengo que ver con el prefecto de policía?
- -Vos no, pero nosotros sí.
- –¿Por qué?
- —Porque nos haría cerrar el establecimiento; lo cual nos privaría del gusto de recibiros.
 - -Pero si no se juega, ¿qué quieres que hagamos aquí?
 - —Nadie os obliga a quedaros.
 - -Me pareces un bribón redomado: yo se lo diré al amo.
 - -Decídselo al Papa si queréis.
 - —¿Y crees que vamos a contentarnos con tus respuestas?

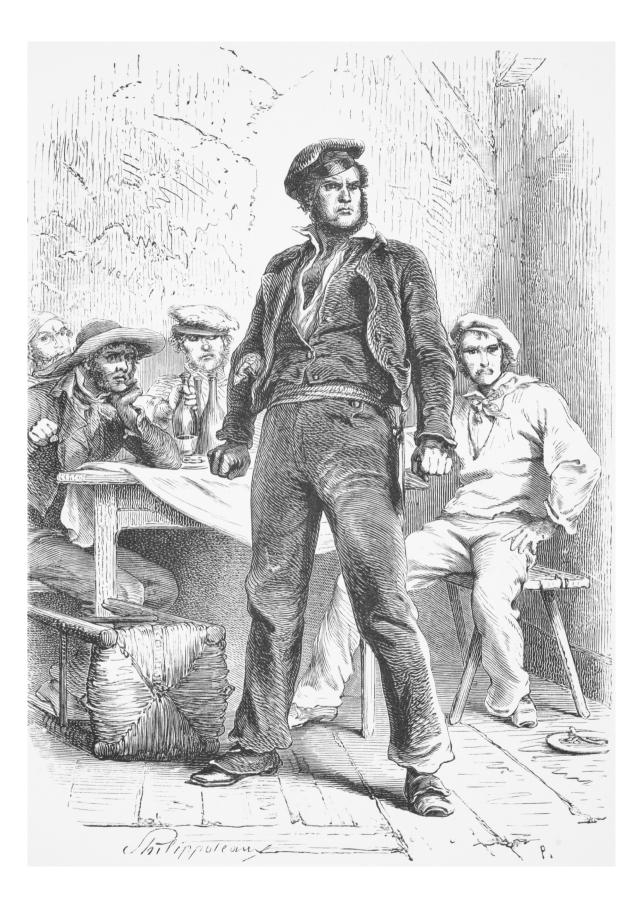
- -No tendréis otro remedio.
- —¿Y si no estamos contentos?
- —Entonces —dijo el mozo socarronamente—, si no estáis contentos, ¿sabéis lo que haréis?
 - -No.
 - —Tomaréis cartas.
- —¡Mil truenos! ¡Creo que te burlas de mi! —exclamó el bebedor dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar a seis pulgadas de altura las botellas, los vasos y los platos—. ¡Cartas! Justamente es lo que nosotros pedimos.

Pero el mozo estaba ya a la mitad de la escalera y el bebedor se vio obligado a calmarse, no esperando, según daba a entender, más que una ocasión de hacer estallar su mal humor.

—¡Ah! Parece que el bribón ha olvidado que me llamo Juan Taureau y que mato un buey de un puñetazo. Será preciso que se lo recuerde.

Y tomando de la mesa una botella medio vacía, se bebió de un trago su contenido.

- —Juan Taureau tiene algún disgusto —murmuró uno de los cinco convidados al oído de su vecino—, y le conozco bien; será preciso que alguno pague sin culpa.
- —En este caso —contestó el que había oído la confidencia—, ¡pobres lechuguinos!



IV. JUAN TAUREAU.

Y a hemos dicho que uno de los cinco bebedores que pidiera cartas, y que se había bautizado con el nombre de Juan Taureau, nombre que cuadraba maravillosamente a su traza, no esperaba más que una ocasión favorable para hacer estallar su mal humor.

No tardó en presentarse esta ocasión.

Confiamos en que el lector nos sigue con bastante atención para no haber olvidado la observación que Ludovico hiciera respecto a la atmósfera de la sala.

En efecto, el vapor de los manjares, el olor del vino, el humo del tabaco, las emanaciones de los convidados, habían vuelto el aire de esta especie de granero imposible de respirar para pulmones acostumbrados a un aire puro. Según todas las probabilidades, no se había abierto la ventana desde el último rayo de sol del último otoño. Resultó de aquí que un mismo instinto de conservación impulsó a los tres amigos hacia la ventana que daba luz al figón, y aire en casos extremos como en el que se encontraban.

Petrus llegó el primero; levantó la parte inferior y enganchó el anillo en el clavo destinado a sostenerla.

Juan Taureau había encontrado la ocasión que buscaba.

Levantóse de su asiento y, apoyando sus dos puños sobre la mesa:

- -¿Estos señores abren la ventana, según parece? —dijo dirigiéndose colectivamente a los tres jóvenes, pero más particularmente a Petrus.
 - -Ya lo veis, amigo mío -contestó este.
 - -Yo no soy vuestro amigo -dijo Juan Taureau-; ¡cerrad la ventana!
- —Sr. Juan Taureau —replicó Petrus con una cortesanía irónica—, aquí tenéis a mi amigo Ludovico, que es un físico distinguido, y que va a

explicaros en dos segundos de qué elementos debe componerse el aire para ser respirable.

- -¿Qué quiere decir ahora con sus elementos?
- —Dice, señor Juan Taureau —respondió Ludovico en un tono cortés que no cedía en nada al de Petrus, ni aun en el aire burlón que este había adoptado—, dice que la atmósfera, para no ser nociva a los pulmones de un hombre honrado, debe componerse de setenta y cinco a setenta y seis partes de azoe, de veintidós a veintitrés partes de oxígeno y de dos partes de agua, poco más, poco menos.
- —Oye, Juan Taureau —interrumpió a su turno uno de los cuatro hombres de blusa—, creo que te habla en latín.
 - -¡Bueno! Entonces voy a contestarle en francés.
 - –¿Y si no comprende?
 - —¡Entonces habrá leña!

Y Juan Taureau mostró dos puños que igualaban en grosor a la cabeza de un niño.

Después, con una voz que no hubiera admitido réplica entre hombres de su clase:

- -¡Vamos! -dijo-. ¡A cerrar esa ventana más pronto que la vista!
- —Esa es quizás vuestra opinión, maese Juan —observó tranquilamente Petrus cruzándose de brazos delante de la ventana abierta—; pero no es la mía.
 - -¡Cómo! ¿Tú tienes acaso esa opinión?
- —¿Por qué no había de emitirla un hombre, cuando pretende tenerla un bruto?
- —Atiende, Zancadilla —exclamó Juan Taureau frunciendo las cejas y dirigiéndose a uno de sus convidados, en quien se hubiera reconocido fácilmente a un trapero aunque no le hubiese denunciado como tal el nombre que le daba su interlocutor—, ¿creo que este desgraciado mozalbete me llama bruto?
 - -Así me lo parece respondió Zancadilla.

- -¡Pues bien! ¿Qué es lo que hemos de hacer?
- —En primer lugar, obligarle a cerrar la ventana, si es su voluntad, y después pegarle.
 - -Esto es hablar como un hombre.

En seguida, dirigiendo a los amotinados una tercera intimación:

- —¡Mil truenos! Pronto, ¡cerrad la ventana!
- —¡Oh! —respondió tranquilamente Petrus—. No hay truenos ni relámpagos que valgan; la ventana quedará abierta.

Juan Taureau llenó tan bruscamente su pecho de este aire que parecía a los jóvenes imposible de respirar, que esta aspiración semejó al mugido del animal cuyo nombre había tomado.

Robert vio armada la disputa y quiso impedirla, aunque comprendiese que era ya casi imposible. Por lo demás, si alguno podía llegar a tal resultado, era él seguramente, pues era el único que conservaba su sangre fría.

Se adelantó con seguro paso a Juan Taureau y, tratando de calmarle:

- —Señor mío —dijo—, venimos de fuera y, al entrar en esta sala, nos ahogábamos.
- —Ya lo creo —dijo Ludovico—; ¡aquí no se respira más que ácido carbónico!
- —Permitidnos, pues, que abramos la ventana por un momento para renovar el aire y después la cerraremos.
 - —La habéis abierto sin mi permiso —exclamó Juan Taureau.
 - -Bien: ¿y qué? -dijo Petrus.
 - —Que era preciso pedirlo, y acaso os lo hubiera concedido.
- —Basta ya —le dijo Petrus—; he abierto la ventana porque me agradaba y permanecerá abierta hasta que yo quiera cerrarla.
 - —Cállate, Petrus —interrumpió Juan Robert.
- —No, no me callaré. ¿Crees que estoy acostumbrado a dejarme sobar por tunos de esa especie?

A la palabra de tunos, los cuatro camaradas de Juan Taureau se

levantaron, aproximándose a los tres jóvenes con la intención evidente de secundar las malas intenciones del provocador.

A juzgar por la dureza y ferocidad de sus facciones, y por su aspecto salvaje, eran cuatro valentones que, reforzados con el quinto, personajes cuyo carácter conocemos, no buscaban, como él, más que una ocasión propicia de interrumpir, por una buena disputa, la monotonía de su noche de Carnaval.

Por lo demás, era fácil de asignar una profesión a cada uno de esos hombres.

El que Juan Taureau había llamado Zancadilla era indudablemente, no un trapero propiamente dicho, como hubiera podido hacerlo creer la linterna colocada en la mesa y el instrumento que le había valido el característico nombre de Zancadilla, sino un individuo que pertenecía a una variedad de la especie y que se llamaban *escarbadores*, del nombre de su industria, que consistía, no en rebuscar en los montones de basura, sino en escarbar con la punta de su gancho el hueco del empedrado del arroyo.

Para esta clase de industriales, suprimida hacia ocho o diez años por los bandos de policía, el arroyo se trasformaba algunas veces en Pactolo y más de uno encontró allí sortijas, pendientes y piedras preciosas, ya perdidas, ya arrojadas por las ventanas al sacudir una estera o una alfombra, como, en mis *Memorias*, he contado que, hacia la época en que pasan los hechos que son sujeto de este libro, habían sido arrojados los pendientes de George³, los cuales habían escapado felizmente a los señores escarbadores.

El segundo bebedor, que Juan Taureau no había nombrado y que nosotros, obligados a reparar este olvido, designaremos con su nombre de guerra, se llamaba Saco de Yeso, apodo que hubiera bastado a revelar su estado, aun cuando las manchas de cal y el polvo blancuzco de que estaban cubiertos su traje y sus manos no le hubiesen dado a conocer por un albañil a sus amigos y enemigos.

Entre los primeros y mejores estaba Juan Taureau; la causa de su

³ Marguerite-Joséphine Weimer (1787-1867): actriz de la Comédie-Française.

amistad no deja de ser curiosa, y pintará la fuerza hercúlea del hombre que acabamos de poner en escena y que está destinado a representar, si no un papel de los primeros, no el menos importante, como lo probará la continuación de esta historia.

Ardía una casa de la Cité: la escalera invadida por las llamas se había desplomado; un hombre, una mujer y un niño gritaban ¡socorro! desde una ventana del segundo piso.

El hombre, que era albañil, solo pedía una escala o una cuerda; con uno de estos objetos salvaba a su mujer y a su hijo.

Pero los espectadores estaban aturdidos, suministraban o escalas demasiado cortas o cuerdas que no podían resistir el peso de tres personas.

El fuego avanzaba, el humo salía a bocanadas por las ventanas precediendo a la llama, cuyo resplandor se distinguía ya.

En aquel momento pasaba Juan Taureau.

-¿Qué es eso? -gritó-, ¿no hay aquí cuerdas ni escalas? ¿No veis que esas gentes van a achicharrarse?

Y, en efecto, el peligro era inminente.

Juan Taureau tendió una mirada en torno suyo y viendo que no le traían ninguno de los objetos que había pedido:

-Vamos -dijo extendiendo los brazos-, echa al niño, Saco de Yeso.

El albañil, interpelado con este nombre, no se incomodó por tan poca cosa; tomó al niño, le abrazó y se lo echó a Juan Taureau.

La multitud dio un grito de espanto.

Juan Taureau recibió al niño en sus brazos y le pidió inmediatamente a los que estaban detrás de él que lo tomaran.

—Ahora —dijo—, ¡echa a tu mujer!

El albañil cogió a la mujer en sus brazos y, a pesar de los gritos de esta, la hizo tomar el mismo camino que acababa de seguir su hijo.

Juan Taureau recibió a la mujer en sus brazos; pero retrocedió un paso.

-¡Perfectamente! -exclamó, dejando a sus pies a la mujer medio

desmayada en tanto que los espectadores prorrumpían en bravos y aclamaciones.

—¡Ahora! —gritó nuestro hombre afirmándose sobre sus piernas con toda la fuerza de sus robustos riñones—. ¡Ahora te toca a ti!

De las dos mil personas que asistían a este espectáculo, ni a una se la oyó respirar durante los cinco segundos que siguieron a estas palabras.

El albañil subió a la ventana, hizo la señal de la cruz y, cerrando los ojos, saltó murmurando:

-¡Válgame Dios!

Esta vez el choque fue terrible: Juan Taureau se doblegó, retrocedió tres pasos, pero no cayó a tierra.

La multitud lanzó un grito inmenso.

Todo el mundo se precipitó hacia el hombre que acababa de dar una prueba tan asombrosa de su fuerza; pero antes de que llegara a él, Juan Taureau había extendido sus brazos y cayó de espaldas, desvanecido y vomitando sangre.

Ni el niño ni la mujer ni el hombre tenían un rasguño siquiera.

Juan Taureau tenía rota una vena del pulmón.

Se le trasladó al hospital, de donde salió al día siguiente.

El tercer compañero, tiznado de negro y que pertenecía visiblemente a la estimable clase de los carboneros, se llamaba Toussaint. Juan Taureau, que en sus relaciones con los arquitectos los había oído hablar de un negro de genio que estuvo a punto de hacer una revolución en Santo Domingo, y que por otra parte no carecía de cierto talento natural, había apellidado al carbonero Toussaint Louverture.

El cuarto era hombre de unos cincuenta años, de mirada viva, de gestos rápidos y que exhalaba un fuerte olor de valeriana; iba vestido con una chaqueta de pana y con un pantalón, un chaleco y una gorra de piel de gato; respondía entre las personas de confianza al nombre de tío Guisote.

Este era el que proveía a las tabernas de los gatos que, con tanta razón, temía Juan Robert que se le sirviesen en lugar de liebres; y el olor de valeriana que exhalaba era el auxiliar que utilizaba para atraer a aquellos desgraciados animales.

La industria era productiva, pero peligrosa; y nosotros recordamos haber leído el relato de un proceso seguido contra un cofrade del tío Guisote, el cual fue condenado a un año de prisión y 500 francos de multa, a pesar de una elocuente defensa, en la que, examinando la cuestión gastronómica a la manera de Careme y Brillat-Savarin, trató de demostrar a los jueces la incontestable superioridad de la carne de gato sobre la de liebre.

El quinto acólito que mencionamos al fin, en virtud de este axioma evangélico «Los primeros serán los últimos», el quinto era el mismo Juan Taureau, del cual, después de lo que acabamos de contar de su fuerza muscular, nada más diríamos si no tuviéramos que preparar, por un retrato físico tan exacto como sea posible, el desarrollo moral de uno de los caracteres más singulares que hemos conocido.

Juan Taureau era un hombre de cinco pies y seis pulgadas, recto y macizo como los maderos de roble que cuadraba en su calidad de carpintero; especie de Hércules Farnesio esculpido de un pedazo de mármol y que, según podría juzgarse a primera vista, en vez de necesitar de los cuatro aliados que venían a su socorro, bastaba él solo para aplastar uno después de otro a sus tres enemigos nada más que tocándolos con el dedo.

Pasando ahora de la descripción del cuerpo a la de la fisonomía y el traje, diremos que el rostro del carpintero, adornado de patillas negras y espesas que formaban un collar bajo su barba, era el de un hombre de treinta a cuarenta años; sus cabellos eran cortos y espesos; su robusto cuello justificaba el nombre ambicioso que nuestro hombre se había dado a sí mismo o había aceptado de sus camaradas y completaba el conjunto de este tipo la fuerza inteligente y brutal.

Añadamos un detalle olvidado: Juan Taureau llevaba chaqueta, pantalón y gorra de pana verdosa.

Del bolsillo de su chaqueta salía el ángulo de un cartabón de madera y del de su pantalón, la cabeza de un largo compás.

Tales eran los cinco antagonistas con quienes iban a trabar combate los tres jóvenes, a menos que retrocediesen, aunque acaso este no fuese ya un medio infalible de evitar la disputa.

Tales eran, repetimos, los cinco adversarios con quienes tenían que habérselas Ludovico, el médico; Petrus, el pintor, y Juan Robert, el poeta.

V. LA BATALLA.

Dijimos al principio del capítulo precedente la posición estratégica en que se encontraban respecto a sus enemigos los tres héroes de nuestra historia, a quienes hemos conducido a la calle de San Apolinar, a la entrada del mercado, siguiéndoles a través de su imprudente Odisea hasta el cuarto piso de la tasca.

Petrus, apoyado contra la ventana abierta, permanecía de pie, de brazos cruzados y mirando a los cinco hombres del pueblo con aire de desafío.

Ludovico examinaba a Juan Taureau con una curiosidad que disminuía para él la gravedad de la situación; y como hombre de ciencia, se decía a sí mismo que daría de buen grado cien francos por poder disecar un cuerpo como aquel.

Quizá reflexionando algo más, hubiera dado doscientos por que este cuerpo fuese el del mismo Juan Taureau; pues, a juzgar por las apariencias, habría ganado más en tener a semejante atleta muerto y tendido sobre una mesa que no verle delante de él lleno de vida, erguido y amenazante.

Juan Robert, según hemos dicho, se había adelantado, ya para tratar de arreglar la cuestión, ya para recibir o dar, en caso contrario, los primeros golpes.

Por lo demás, Juan Robert, que, aunque joven, había leído muchos libros, y particularmente la teoría del mariscal de Sajonia sobre las influencias morales, Juan Robert no ignoraba, en toda circunstancia en que deba ser aplicado el empleo de la fuerza, la gran ventaja que hay en dar el primer golpe.

Una sabia práctica del arte de reñir a puñetazos que enseñaba un profesor entonces desconocido, pero cuyo nombre debía adquirir más tarde una gran celebridad, tranquilizaba por otra parte a Juan Robert,

dotado personalmente de una fuerza física que habría podido hacer la lucha dudosa si hubiera estado colocado frente a un hombre menos temible que Juan Taureau.

Así pues, se hallaba resuelto a emplear los medios de conciliación posibles, hasta el momento en que se juzgara cobardía no aceptar el combate.

Así es que fue el primero que recobró el uso de la palabra, paralizada en los labios de todos durante el movimiento agresivo operado por los cuatro hombres que venían en auxilio de Juan Taureau.

- —Veamos —dijo—, de entendernos antes de batirnos. ¿Qué desean estos señores?
- —Nos llamáis *señores* con intención de insultarnos —dijo el trapero—; nosotros no somos señores, ¿lo entendéis?
- —Tenéis razón —exclamó Petrus—; vosotros no sois señores, sino pícaros.
 - -¡Nos ha llamado pícaros! -aulló el cazador de gatos.
 - -¡Ah! Ya les diremos cuántas son cinco -gritó el albañil.
 - —Dejadme pasar —dijo el carbonero.
 - -Silencio todos, y estaos quietos; esto me toca a mí.
 - -¿Y por qué no hemos de escarmentar a esos mequetrefes!
- —Porque no es regular que se batan cinco contra tres, sobre todo cuando basta uno solo. A tu sitio, Guisote; a tu sitio, Zancadilla.

Los dos hombres interpelados obedecieron, y el cazador de gatos y el trapero volvieron a sentarse gruñendo.

- —Está bien —dijo Juan Taureau—. Y ahora volvamos a entonar nuestra canción sobre el mismo aire y a la misma copla. ¿Queréis cerrar la ventana si no tenéis inconveniente?
- —No —respondieron juntos los tres jóvenes, que no habían podido tomar por lo serio, atendida la entonación de la voz, la fórmula política en que se hizo la invitación.
 - -Pero -dijo Juan Taureau levantando sus dos brazos encima de su

cabeza y extendiéndolos tanto cuanto el techo lo permitió— ¿queréis dejaros pulverizar?

—Procuradlo —dijo fríamente Juan Robert adelantándose un paso más hacia el carpintero.

Petrus dio un salto y vino a colocarse frente al Hércules como para formar a Robert una muralla con su cuerpo.

-Encárgate de los otros dos con Ludovico -dijo Juan Robert separando a Petrus con la mano-; yo me encargo de este.

Y tocó con la punta de su dedo el pecho del carpintero.

- -¿Creo que es de mí de quien habláis, príncipe mio? -exclamó el coloso.
 - —De ti mismo.
 - −¿Y qué es lo que me vale el honor de ser escogido por vos?
- —Podría contestarte que es porque siendo tú el más insolente, mereces la lección más severa; pero no es esta la razón.
 - -Espero la razón.
- —Pues bien: la razón es que los dos tenemos el mismo nombre; tú te llamas Juan Taureau y yo me llamo Juan Robert.
- —Yo me llamo Juan Taureau, es cierto —dijo el carpintero—; pero tú mientes cuando dices que te llamas Juan Robert; ¡tú te llamas Juan F...!

El joven vestido de negro no le dejó acabar; uno de sus dos puños puestos en cruz sobre su pecho se destacó como un resorte de acero y fue a herir al coloso en la sien.

Juan Taureau, que había permanecido inmóvil al recibir en sus brazos una mujer lanzada de un segundo piso; Juan Taureau retrocedió tres o cuatro pasos y fue a caer de espaldas sobre una mesa, dos de cuyos pies se rompieron bajo su peso.

Una evolución parecida tenía lugar en el mismo momento entre los otros cuatro combatientes. Petrus echaba la zancadilla al albañil y le enviaba a rodar cerca de Juan Taureau; en tanto que Ludovico, en su cualidad de anatomista, lanzaba al carbonero en la región del hígado,

entre la séptima costilla y el fémur, un puñetazo cuyo efecto fue tal, que pudo verse palidecer su semblante bajo la capa de carbón que le cubría.

Juan Taureau y el albañil se levantaron.

Toussaint, que había quedado de pie, fue a sentarse, sin aliento y con las dos manos apoyadas en las caderas, en un taburete arrimado a la pared.

Pero como puede comprenderse, esto no era más que un primer ataque; era la especie de escaramuza que precede al combate y los jóvenes así lo entendían al prepararse cada cual para un nuevo asalto.

Por lo demás, la sorpresa había sido tan grande para los espectadores como para los actores.

Al ver que sus dos camaradas, Juan Taureau y el albañil, caían de espaldas; al ver que Toussaint Louverture iba a sentarse medio derrotado, el trapero y el matador de gatos se levantaron a un tiempo, sin cuidarse de la prohibición del carpintero, y vinieron, el uno con su gancho, el otro con una botella en la mano, a tomar parte en la fiesta.

El albañil, que había sido víctima de una sorpresa, se levantó con más vergüenza que dolor.

En cuanto al carpintero, le había parecido que la extremidad de una viga lanzada por alguna catapulta había venido a herirle en la cabeza.

El bamboleo de su cabeza se comunicó en un instante a todo su cuerpo; permaneció durante dos o tres segundos atontado, con una nube de sangre en los ojos y un zumbido sordo en los oídos.

Y cuenta que la nube de sangre no es una figura retórica; el puñetazo de Juan Robert había dado en la frente al llegar a la sien, y la sortija que el joven llevaba había abierto encima de la ceja del carpintero un surco sangriento.

—¡Ah! ¡Mil truenos! —exclamó este encaminándose hacia su antagonista con mal seguro paso—. Esto es lo que tiene cogerle a uno desprevenido; ¡un niño podría venceros!

—Esta vez ten mucho cuidado, Juan Taureau, y afirmate bien, porque mí intención es enviarte a romper los otros dos pies de la mesa.

Juan Taureau se adelantó con el puño levantado, entregándose de nuevo a su adversario, como lo hace casi siempre a la destreza la fuerza confiada y sin experiencia; toda la teoría del arte de boxear está basada en esta virtud. Un puñetazo tarda menos tiempo en recorrer una línea recta que en describir una parábola.

Sin embargo, esta vez Juan Robert había confiado a sus manos, no el ataque, sino la defensa; su brazo derecho no le sirvió más que para amortiguar el golpe terrible con que le amagaba Juan Taureau: así que, en el momento en que el puño del carpintero caía sobre él, Juan Robert dio rápidamente una vuelta y, gracias a su elevada estatura, asestaba en medio del pecho de su adversario uno de esos tremendos puntapiés que solo podía haberle enseñado a dar Lecour⁴, maestro del arte en esta época.

Juan Robert no había mentido en la predicción que hiciera al carpintero; este retrocedió paso a paso y fue a caer de nuevo sobre la mesa.

No exhaló un grito, ni pronunció una palabra; el golpe que acababa de recibir había extinguido su voz completamente.

En cuanto a los otros tres, he aquí lo que sucedió: Petrus, con su agilidad habitual, había hecho frente a dos adversarios; al trapero, que se adelantaba hacia él con su gancho en la mano, le arrojó un taburete a la cara y, en tanto que el hombre se desembarazaba del mueble, de una cabezada en el vientre del albañil, a fuer de buen bretón, le había hecho dar una vuelta completa.

Ludovico tuvo, pues, por único enemigo al cazador de gatos, adversario poco temible, con quien, en su ignorancia del arte en que sus dos compañeros eran maestros consumados, la emprendió a brazo partido, viniendo los dos a rodar sobre el pavimento.

Solo que para el pobre Guisote fueron todas las desventajas de la lucha, quedando por consecuencia debajo.

Pero en vez de aprovecharse de estas ventajas, Ludovico, conteniendo a

⁴ Célebre profesor de boxeo y savate de la época.

su adversario con la rodilla, se había preguntado de dónde procedía el olor de valeriana que exhalaba toda su persona.

Reflexionaba en este problema, para él de difícil solución, cuando el trapero y el albañil, viendo vencido al carpintero por segunda vez, a Toussaint apenas repuesto del puñetazo y al cazador de gatos bajo la rodilla de Ludovico, se pusieron a gritar:

—¡A los cuchillos, a los cuchillos!

En este momento entró el mozo con las ostras.

De una ojeada apreció la situación, dejó los mariscos en la mesa y bajó precipitadamente la escalera, sin duda para contar a su amo lo que pasaba.

Pero su aparición para los actores de esta escena no fue más que un detalle.

Tenían demasiado que hacer para ocuparse de su aparición y desaparición tan rápida, que si no hubiera sido por las ostras que atestiguaban la presencia de un mozo, se habría podido creer que era una visión o un sueño.

Pero lo que no era un sueño era lo que pasaba en el cuarto y en el tercer piso.

Al ruido de la doble caída del carpintero, al crujido de la mesa rota, a los gritos de «¡A los cuchillos! ¡A los cuchillos!», los borrachos dormidos en la sala del tercer piso se habían despertado sobresaltados, los menos embriagados se pusieron a escuchar, uno de ellos abrió la puerta y los que veían aún, observaron que el mozo bajaba asustado por la escalera.

Entonces, como hombres de experiencia en estos casos, se apercibieron de lo que pasaba; de repente los tres jóvenes sintieron un ruido de pasos precipitados por la escalera y vociferaciones parecidas a los rugidos de la mar durante la tempestad.

Era la espuma del mercado que subía y se desbordaba, y pronto, aglomerándose en la puerta, se vio invadida la sala por personajes extraños, avinados, furiosos sobre todo por haber sido turbados en medio de su sueño.

-¿Quién se degüella aquí? -gritaron veinte voces roncas y disonantes.

Al aspecto de esta multitud, o más bien de este motín, Juan Robert, el más impresionable de los tres jóvenes, sintió a pesar suyo circular por sus venas esta sensación de frío glacial que experimenta todo ser, por fuerte que sea, al contacto de un reptil; así que, volviéndose hacia su amigo el pintor, no pudo menos de murmurar:

-¡Ah! Petrus, ¡dónde nos has conducido!

Pero Petrus improvisaba un nuevo sistema de defensa.

A los gritos de «¡A los cuchillos, a los cuchillos!» que repetían los cuatro furiosos, porque el carpintero y Toussaint, que habían recobrado la voz, hacían parte de este concierto de amenazas, Petrus había contestado:

—¡A las barricadas!

Al dar este grito, atrajo a Juan Robert tras él y, obligando a Ludovico a que se levantase, se refugió con sus dos amigos en un ángulo que les separó en el mismo instante del resto de la sala por una muralla de mesas y de bancos.

Petrus había aprovechado, además, el instante de tregua, por corto que fuese, que le diera su victoria, para arrancar de la ventana la varilla que en otro tiempo sostuviera las cortinas, varilla que, desde el principio del combate, hacía el objeto de su ambición. Juan Robert se apoderó de su bastoncillo; Ludovico se contentó con las armas que la naturaleza le había dado.

En un momento, los tres jóvenes se encontraron al abrigo de sus enemigos detrás de su fortaleza improvisada.

- —Mirad —dijo Petrus a sus dos amigos, mostrándoles en el rincón del bastión gran cantidad de botellas vacías, de fragmentos de platos, de conchas de ostras, de tenedores de hierro, de cuchillos sin mango, de mangos sin hojas—, ¡ya veis que no os faltarán las municiones!
- —No —dijo Juan Robert—; pero vamos a ver cómo estamos de golpes y heridas. En cuanto a mí, yo he dado, pero no he recibido.
 - -Yo, sano y salvo -dijo Petrus.

- –¿Y tú, Ludovico?
- —Yo, creo que he recibido un puñetazo entre la quijada y la clavícula; pero no es esto lo que me preocupa.
 - -¿Qué es, pues, lo que te preocupa? -exclamó Juan Robert.
- —Quisiera saber por qué mi último adversario trasciende de tal modo a valeriana.

En aquel momento los rugidos de la multitud habían venido a añadir una nueva preocupación a las preocupaciones ya algo graves de los tres jóvenes.